

## CAPÍTULO 2

El resplandor le hizo abrir los ojos. Su rostro se hallaba pegado a un suelo mullido y frío, el olor húmedo de la tierra le subía por la nariz en busca de sus pulmones. La siguiente inspiración descerrajó un disparo de dolor en su pecho, lo que le obligó a incorporarse para intentar respirar. El bosque lo rodeaba en su jaula natural con sus espigados troncos a modo de rejas, que parecían acercarse cada vez más a él. La sensación de claustrofobia lo oprimió extrayendo un gemido de pánico de sus labios.

Debía huir, buscar un espacio abierto... El mar. Alejarse del peligro que lo acechaba. ¿Eran pisadas lo que acababa de escuchar? Echó a correr, tropezó, cayó, se arrastró hincando las uñas en la tierra y arrancó la hierba de su seno para intentar alzarse. No había duda: alguien lo perseguía, aunque no pudiera verlo.

Se puso en pie y corrió como nunca lo había hecho, sin dejar de mirar atrás. Estaban allí, seguro, pisándole los talones, sedientas de la sangre que borboteaba en locura por sus hinchadas venas a punto de reventarle el corazón.

Ascendió por la escarpada ladera, iluminada por los fogonazos de la tormenta que se aproximaba inexorable. Justo cuando alcanzó la cumbre, al girarse, resbaló y cayó de espaldas. Podía escuchar la respiración de miles de seres que jadeaban de pura ansia por atraparlo. El terror cuajó los músculos de todo su cuerpo impidiéndole moverse.

"Dora... mamá... por favor, que alguien me ayude", se escuchó a sí mismo susurrar sin aliento, en un sollozo desesperado ante la inminencia de la muerte.

De pronto, un titán de nubes inflamado de soberbia, desplegó su arco de luz y lanzó una flecha inmensa que alumbró la plataforma rocosa sobre la que el joven se hallaba. Al rasgarse la oscura piel del cielo en una cicatriz luminosa, pareció hacerse más poderosa la voz del mar que bramaba bajo el acantilado gritándole a la tempestad. Esta, en respuesta, emitió el alarido del trueno. La contienda entre agua y firmamento iluminó el escenario en el que la diminuta víctima, hecha un ovillo, aguardaba el ataque de su depredador: una marea negruzca que flotaba a ras de suelo. A apenas un metro de sus pies, aquella masa comenzó a alzarse y, al hacerlo, una espiral de viento danzó a su alrededor aturdiéndolo. El zumbido se transformó en el alarido de millares de voces que reclamaban su cuerpo para tomarlo, para hacerlo suyo... para aniquilarlo. Como si fuera un huracán, el movimiento rotatorio del enjambre lo agitó todo y este se convirtió súbitamente en una cabeza cuyas desmesuradas fauces se abrieron para engullir a su presa. El terror liberó por fin un grito desde el pecho de Connell, quien sintió como sus pulmones estallaban justo cuando la horrenda boca se cerró en torno a él.

La puerta se abrió con urgencia y la silueta de una silla de ruedas quedó recortada por la tenue luz procedente de fuera. Connell respiró aliviado.

–Mamá, ha sido horrible. Miles de abejas se me echaban encima para matarme. Parecía que estuviera ocurriendo de verdad...

La mujer se acercó a la cama y le acarició el pelo sin pronunciar palabra, pero su mero gesto de cariño sirvió para tranquilizarlo como solo ella sabía hacerlo. Él respiró profundamente y, tras verla salir de la habitación, se giró para intentar volver a dormirse.

Sin embargo, un zumbido junto a su oído le hizo dar un salto. Encendió a toda prisa la lamparita y miró a su alrededor; el corazón le golpeaba el pecho con puños de acero. Se levantó e inspeccionó la habitación. Nada, no había ningún insecto.

Con la respiración entrecortada se sentó. La presión que le oprimía el tórax le hizo llevarse una mano hasta allí. Tomó aire y bebió un trago de agua. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Estaría volviéndose loco?

A la mañana siguiente Connell se despertó agotado. Ya en el comedor tomó su desayuno junto a Catherine y Dora, que le sonreían de vez en cuando, entre silencios compartidos durante los cuales los tres quedaban pensativos.

–Siento haberte despertado. Yo, que nunca había gritado en sueños, que ni siquiera he sido de los que hablan, o al menos nadie se ha quejado de ello. Y ahora...

Catherine lo miró con el ceño fruncido.

–¿Cómo?

–Que ninguna chica se ha quejado nunca de que hable mientras estoy dormido, ni de que ronque.

–No me refiero a eso, sino a lo que has dicho antes... ¿Cuándo me has despertado?

Él la contempló mientras tomaba un sorbo de su té. Tragó manteniéndole la mirada.

–Anoche, ¿es que no te acuerdas?

–Pues no, hijo.

–Pero, ¿cómo que no? Tuve una pesadilla y me desperté gritando, como hace unos días.

–Yo no oí nada, ¿estás seguro? –intervino Dora.

–Connell –dijo Catherine–, me parece que seguías soñando. A veces a mí también me ocurre: crees que te has despertado, pero no es así.

–Estaba despierto, mamá, estoy seguro. Viniste, me tapaste y te fuiste enseguida.

–Pero niño, –repuso Dora–, ¿cómo iba tu madre a presentarse en tu habitación en mitad de la noche?

–Dora tiene razón, cariño. ¿No ves lo débil que estoy? Aunque quisiera me sería imposible levantarme sola... Y no creas que no echo de menos ir a daros... a darte las buenas noches.

Los tres permanecieron callados unos segundos, hasta que Dora rompió el silencio cambiando el tono de la conversación.

–Ya ves, hijo, nosotras dos no estábamos despiertas... y te diré más: es una de las noches en las que mejor he dormido desde hace mucho tiempo. Así que si alguien estuvo en tu habitación –concluyó con tono jocoso–... ya me dirás quién era. ¡Truhán!

Connell no sonrió. En el fondo no podía negar que la idea de que su madre hubiera podido desplazarse en su estado hasta su cuarto era completamente absurda. Y aun así...

–A veces los sueños nos juegan estas pasadas... y más con lo que estamos viviendo. Es normal que estés más nervioso –afirmó Catherine.

–Lo sé..., pero parecía tan real. Lo sentí todo como si de verdad lo estuviera viviendo.

–Pues ahí lo tienes –añadió Dora–, solo fue una pesadilla más vívida de lo habitual, así que relájate. Tal vez deberías dejar el té una temporada, hasta que estés más tranquilo.

Él miró a ambas mujeres, que asintieron al mismo tiempo. Sin ningún otro argumento que esgrimir, no le quedó otra opción que aceptar aquella explicación. Tras suspirar, se puso en pie y se llevó los platos y tazas de la mesa. Sin embargo, en cuanto salió del comedor Catherine y Dora se contemplaron con el rostro serio y una sombra de alarma en los ojos.

Pocos días después del entierro, Catherine despertó y encontró a Connell medio tumbado en un pequeño sillón junto a su cama. Tapado con la manta de cuadros de su madre, dormía con la cabeza apoyada en una mano y su cuello formaba un ángulo que, con seguridad, le iba a suponer un buen dolor más tarde. Lo miró con ternura y se preguntó cómo había volado el tiempo tan rápido: su hijo estaba a punto de cumplir treinta años. Con ese pensamiento se le ensombreció la expresión, antes plácida, del rostro.

Connell comenzó a moverse de forma casi imperceptible al principio, para después girar la cabeza de un lado a otro. Murmuraba palabras ininteligibles mientras intentaba apartar algo de su cara a manotazos. Catherine lo observó hasta que, al ver su gesto de pánico y angustia, lo tomó por el brazo con suavidad y le susurró:

–Connell, despierta. No pasa nada... Despierta.

Sobresaltado, abrió los ojos de par en par y se incorporó en el sillón. Cuando vio dónde se encontraba, suspiró aliviado. Acto seguido apoyó los codos en las rodillas y se frotó la frente con las manos.

–Dios, no sé qué voy a hacer con estas malditas pesadillas... –alzó la cabeza–. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

–Estoy mejor, no te preocupes, hijo. Pero dime, ¿qué era lo que soñabas?

–Estaba en un bosque, entre claros y sombras... Se trataba más de sensaciones que de cosas concretas.

–Cariño, seguro que se debe a toda la tensión de los últimos días.

–Ya lo sé, pero es que... Cailyn ni siquiera aparecía en el sueño. Todo era perfecto, me sentía feliz, relajado. Hasta que, de repente –tomó aire y resopló–, un enjambre de abejas se me echó encima. Otra vez... Era como la continuación de la pesadilla del otro día. Silbaban en el aire a mi alrededor, junto a mis oídos y... se me clavaban por todo el cuerpo –la mujer lo contemplaba con el semblante muy serio y pálido. Sus ojos se dirigieron hacia la ventana, pero Connell, que había agachado la cabeza, no se percató de su reacción–. Espero que esto se acabe pronto, aunque ya sé que será muy difícil borrar ciertas imágenes –suspiró–. Menos mal que me has despertado.

Al cabo de unos segundos, se puso en pie, colocó las manos a la altura de sus riñones y arqueó la espalda hacia atrás.

–Estoy hecho polvo... me hace falta una ducha.

Catherine miraba ensimismada a su hijo mientras una gota solitaria resbalaba por su mejilla. Connell se giró y al ver la pena grabada con tanta claridad en el hermoso rostro, se acercó hasta ella y le limpió la lágrima con su dedo pulgar.

–No llores, mamá, por favor. Siento habértelo recordado.

Esforzándose por sonreír, la mujer negó con la cabeza.

–Tranquilo, hijo, estoy bien..., de verdad. Llorar nunca le ha hecho daño a nadie –se incorporó con dificultad en la cama e intentó que su voz sonara más fuerte–. Eres tú quien me preocupa y esas pesadillas que no te dejan descansar –le apartó el cabello de la frente. Acarició su barbilla, áspera ahora a causa de la corta barba con destellos rojizos que comenzaba a florecer alrededor de su boca–. Me gusta cómo te queda y también el bigote... pero no los dejes crecer demasiado. Sería una pena tapar esa cara tan guapa.

–Sí, guapísima.... –repuso él con ironía–. Por eso tengo que apartar a las chicas para que no se abalancen sobre mí. ¡No solo chicas: hombres, mujeres..., hasta animales!

Rieron juntos por unos instantes en los que la magia de su afecto los envolvió como si fuera una burbuja gigante que pudiera protegerlos de todo, hasta del dolor y de esa vida que les había tocado vivir y a la que le daban sentido con palabras. Las cosas que se habían dicho a lo largo de los años habían ido nutriendo su existencia para tejer con los recuerdos, con las melodías de un arpa y con las narraciones, una tela robusta. Y en determinadas ocasiones esta los aislaba y les ofrecía un espacio para que ambos, madre e hijo, se vieran transportados hasta otro mundo donde nadie más tenía cabida.

Nadie excepto Cailyn.

Con ella habían compartido una conexión especial alimentada del mutuo amor y la habilidad de la niña para la música. Sin embargo, el hilo que unía a Connell y Catherine parecía extenderse más allá de los confines del tiempo. Sus espíritus se regocijaban en su similitud, en la convicción de que provenían de un tronco común y fuerte cuya savia corría poderosa por sus venas, bombeando con cada latido de sus corazones una poesía cantada por miles de voces del pasado... De su pasado.

Cuando Connell era tan solo un bebé, Catherine comenzó a contarle cada noche una historia tradicional irlandesa para que, de alguna forma, esa transmisión oral, que era la base de los relatos legendarios en la cultura celta, pudiera continuar a través de su hijo. Este había ido absorbiendo la riqueza de su tierra desde una distancia de cientos de kilómetros, pero con toda la fuerza y la vida que hubiera podido sentir al escuchar las narraciones en la propia Irlanda. Incluso podría decirse que la lejanía les confería un aura de misterio y un atractivo que no habría podido explicarle a alguien que no las sintiera como él lo hacía.

–Anda, cuéntame una historia –Connell miró a su madre sorprendido de verla tan animada de repente, a pesar de su aspecto demacrado y su evidente debilidad.

–¿Ahora? ¿Lo dices en serio? –le costaba sacudirse de encima el dolor de las últimas horas, por lo que negó con la cabeza.

–Que sí, hijo, ¿por qué no? Este momento es tan bueno como cualquier otro..., mejor, incluso, pues nos ayudará a pensar en otras cosas –su mirada implorante lo derrotó–. Quiero ver hasta qué punto te acuerdas de todo lo que te he ido enseñando. Con cuatro o cinco años ya eras capaz de inventarte un cuento de la nada en cuestión de segundos... así que déjame comprobar tus habilidades. Además, hace varios días que no practicamos.

–Bueno, de la nada no salían; tú siempre me dabas el comienzo, así era fácil.

–No creas. Quien te impone las primeras palabras está, por así decirlo, orientando la historia, acotándola, cerrando muchas opciones que podrías haber elegido. Además, lo importante es que poco después lo hacías tú solo.

–Eso es verdad... Pero, como te he dicho muchas veces, las cosas que me inventaba venían a mí, en la mayor parte de los casos, en sueños. Esos relatos que le contaba después a Cailyn... ¡Ojalá los hubiera ideado de la nada, como tú dices! Pero no, era como si alguien me los regalara durante la noche.

–No te quites mérito, hijo. Los sueños, al igual que tus ideas conscientes, son tuyos y solo tuyos –su gesto se tornó divertido de pronto–. Aunque ahora que lo pienso, lo que ocurría era que tu cerebro no paraba de maquinarse..., y no solo cuentos, sino todo tipo de fechorías que hacías realidad al día siguiente, para sacarnos de quicio a tu padre y a mí, que nunca entendimos cómo se te podían ocurrir aquellas travesuras.

Connell esbozó una sonrisa casi infantil. Tenía una sensación familiar que, a pesar de su edad, lo seguía embargando durante el transcurso de charlas como aquella. Ese tiempo compartido con su madre constituía su hogar, su paisaje.

–Cuéntame una historia, que lo haces mejor que yo –insistió ella.

–Será broma... Me estás poniendo a prueba, ¿no? Pero te advierto que mejor memoria que tú sí tengo –sonrió con malicia–. Venga, pregúntame sobre la que quieras, me acuerdo de todas. Ya sabes que algunas incluso se las he contado a mis alumnos. Y, aunque suene increíble, hasta parece que las disfruten.

–Eso es porque eres un excelente narrador, como tu padre.

–¿Mi padre? Pero si no me contó ni un solo cuento jamás... ¿No me digas que a ti sí?

–Bueno..., la verdad es que no muchos. Lo que quería decir es que me habría gustado que él también lo hubiera hecho.

Connell creyó percibir algo extraño en aquella respuesta. Tenía la sensación ahora, como en otras ocasiones a lo largo de su vida, de que había cosas que Catherine no le contaba. Y le resultaba extraño, considerando la estrecha relación existente entre ambos, donde no parecía haber sitio para secretos. Al ver lo callado que se había quedado, ella retomó la palabra.

–De las que te fui relatando desde que eras un mocoso, dime, ¿cuál es tu favorita?

–¿Una favorita? Uf, con la cantidad de ellas que hay sería imposible decidirse por una sola... –reflexionó unos segundos antes de continuar–. No sé, me gustan sobre todo las sagas sobre Fionn, la historia de Grania y Dermuid, los hijos de Lir... –los ojos de Catherine teñían la habitación con su luz mientras lo contemplaba–. Probablemente una de las más hermosas sea la del salmón del conocimiento.

–Es cierto... Pero ¿qué me dices de las leyendas más populares del condado de Clare? ¿Recuerdas alguna?

–Me acuerdo de una sobre una mujer que regresó de la muerte para pedirle a su marido que devolviera el dinero que una vecina le había dado para que le comprara unas enaguas... Y allí estaban las monedas, guardadas en un cajón, ya que ella no había podido hacer el encargo. Ahora me encanta esa historia, aunque de pequeño me daba miedo.

–Sí... ¿Y qué me dices de alguna sobre otros temas, como batallas legendarias, monarcas poderosos...? ¿No te acuerdas de ninguna?

–A ver, déjame que piense. Está la del rey que viaja al mundo de los muertos para rescatar a su hijo pequeño.

–Muy bien. ¿Y qué más?

–Pues... –siguió pensando–, recuerdo la de unos seres inmortales y unos bardos. Espera, espera, que la tengo en la punta de la lengua... –ella lo miraba expectante, con la atención activando su cuerpo, que pareció rejuvenecer–. Espera, que ya casi la tengo.

–¡Vaya, parece que tu memoria no es tan buena como presumías hace nada! –le espetó con ironía–. No me puedo creer que justo hayas olvidado las más importantes, las que se contaban en nuestra propia familia, como por ejemplo esa que acabas de mencionar.

–Bueno, tal vez tengas que recordármela un poco. Creo que esa es una de las que menos veces me has contado.

–Está bien, está bien... No sé cómo te las arreglas para que siempre sea yo quien acabe hablando –simuló un reproche, aunque en el fondo estaba encantada. Su enfermedad le había robado las ganas y la energía para hacer nada que supusiera un mínimo esfuerzo. Sentía que ahora era el momento de retomar las polvorientas palabras y sacudirlas para que su aroma volviera a inundar la casa y ahuyentara el dolor, aunque fuera por unos minutos. De nuevo la magia los envolvería para transportarlos a otro tiempo y otro lugar en los que todo era posible.

*“Hubo una época en la que gobernaba en el condado de Clare una estirpe de reyes muy poderosos que se decía que eran descendientes de los Tuatha De Danann, a quienes muchos creían dioses inmortales. De ellos habían heredado, aparte de la inmortalidad, todas las cualidades que les otorgaba la grandeza de sus antepasados, entre las que destacaba una veneración sin precedentes por la poesía y la música. Sin embargo, a pesar de la bondad que nutría las almas de estos reyes, llegó una era en la que tanto poder fue degenerando su carácter y la vanidad comenzó a corromperlos. Olvidaron poco a poco la riqueza del pasado e incluso se borró el recuerdo de las gestas de sus predecesores. Perdieron el interés por el cuidado de la naturaleza, la gran diosa que*

*inspiraba a los poetas, y se alejaron del mundo del espíritu para sumergirse en el reino de lo tangible, de lo mundano. Ahitos de sí mismos, se envanecieron con su propia soberbia y se aprovecharon de los pobres y sencillos mortales, a los que llegaron a tratar como esclavos.*

*Pasaron los siglos y en el apogeo de ese estado de corrupción en que se hallaban inmersos aquellos semidioses, se escuchó el vaticinio más cruel de los druidas. Anunciaron el fin de la inmortalidad para esa generación de la que luego surgirían algunos de los grandes reyes de Irlanda. Se trataba de un castigo proporcional a la iniquidad mostrada por ellos durante siglos y consistía en lo siguiente: todos los que ya eran adultos se encaminarían inexorablemente hacia una muerte que hasta entonces se había postergado hasta la eternidad. En cambio, quienes nacieran a partir de aquel momento seguirían gozando de una larga vida, sin peligro de morir a manos de ningún hombre ni a causa de enfermedad o accidente alguno. Esta nueva estirpe de hombres sería invencible hasta que cumplieran los cuarenta y cinco años. En aquel instante el velo que los protegía de la muerte desaparecería. Se podría decir que disfrutarían de una suerte de inmortalidad, pero solo durante el tiempo suficiente para que probaran el dolor de su pérdida. No obstante, este terrible castigo contenía una prerrogativa que provenía del amor infinito que los dioses sentían por el arte de la narración. Por tal motivo, se les concedería a aquellos reyes y a sus descendientes un privilegio: que a partir de dicha edad un bardo les regalara, durante el tiempo que les restara por vivir, aventuras y batallas sin fin de las que saldrían victoriosos dejando tras de sí, al morir, una fama legendaria. La existencia creada por la magia de las palabras del narrador sería en sí tan real como la de cualquier persona, pero con la peculiaridad de que se sustentaría en el poder demiúrgico de estos seres excepcionales que eran los bardos”.*

Entonces Connell tomó el relevo y continuó ante la mirada sorprendida de ella.

*—... Y así es como se consagró en Irlanda la tradición de los seanchaithe, un linaje de seres humanos con facultades divinas que tejían con el hilo de su voz la vida de aquellos hombres y mujeres. Y, al hacerlo, nutrían y preservaban la memoria de toda una cultura a través de sus narraciones imperecederas...*

—Me has engañado, sí que te acordabas —dijo Catherine sin poder ocultar su orgullo.

—Pues claro, pero no me iba a perder el placer de oírtela contar una vez más —En silencio, ambos se contemplaron sonriendo—. Jamás se me olvidaría algo tan hermoso. Expresa todo lo que sentía cuando me acostaba cada noche y me sorprendías con un relato nuevo. Nunca te he dado las gracias por todo lo que me has enseñado, mamá, por mantener vivo ese mundo para mí y para Cailyn... A pesar de lo cansada que pudieras estar.



La mujer lo miró con los ojos brillantes.

–Anda, bobo, que me vas a hacer llorar –Connell besó la mano que sujetaba desde hacía un rato entre las suyas–. Solo he hecho lo que me apetecía, hijo, te lo aseguro. Contaros esas historias cada noche me ayudaba a mantener mi vínculo con lo que dejé atrás al venir aquí. Significaba abrir la puerta del pasado para vosotros dos, para que nunca lo olvidarais y pudierais recordar quiénes sois, de manera que algún día llegarais a amar vuestros orígenes como yo lo hago... –tras una pequeña pausa continuó en tono más serio–: Quiero que me prometas que siempre recordarás lo que te he contado, lo que hemos vivido juntos. Y que preservarás este tesoro que poseemos por el mero hecho de disfrutar al transmitir de viva voz todos esos relatos y al enriquecerlos con nuestra propia esencia. Porque sabes que no se trata solo de repetirlos palabra por palabra, tal y como nos han sido contados, que es lo que yo hago, pues me falta la imaginación que tú posees. Lo importante es ser capaz de crear tus propias narraciones, hacer de ello un arte.

En ese momento Catherine comenzó a acusar el esfuerzo mental que le había supuesto recordar aquellas palabras cargadas con el peso del pasado y pareció hundirse un poco más en el lecho, mientras un gesto de agotamiento cubría su rostro. El velo que los había envuelto durante unos minutos se había alzado de pronto y dejado al aire la herida abierta que ambos compartían.

La magia se esfumó.

Connell, preocupado al contemplar el súbito cambio en el aspecto de su madre, se puso en pie tras acariciarle la mejilla y comprobar que el cansancio se la llevaba de nuevo hacia un profundo sueño. Apagó la luz y abandonó la habitación.